

FERNANDO **LONDOÑO HOYOS**

EL TRIUNFO DEL NEOPOPULISMO EN LATINOAMÉRICA

Ya el título anuncia que alguna vez, se verá cuán próxima, anduvo este continente en mentes, y lo que es peor, en manos populistas. Y que después de algún esfuerzo respetable y sincero por superar esta perversión de la democracia, ha vuelto a las andadas.

Suponemos no desairar alguna mente inquieta de teorías anunciando que no haremos profundo estudio sobre aquello en lo que el populismo consiste. Entre otras cosas, porque no llegaremos a mejor parte que los muchos que lo intentaron antes. El populismo es uno de aquellos conceptos que todos tienen claro y que nadie acertaría a definir. Porque es monstruo de mil cabezas, que como la Hidra mitológica produce dos por cada una que le corten. Y es que se trata de criatura inquieta, que ora se afina en sentimientos de hirsuto nacionalismo, ora en consideraciones raciales, o en motivos religiosos, o en pasiones socializantes. Y por eso se encontrarán populismos a la derecha o a la izquierda de dondequiera que montemos nuestro puesto de mira sobre la realidad social.

Específicamente, en Latinoamérica hubo populismos para todos los gustos. Como el de Juan Domingo Perón, o el comunistoide de Salvador Allende, o esa extraña amalgama pasional que ha sido el PRI mexicano, o buena parte del caudillismo venezolano, o el del inefable Velasco Ibarra en el Ecuador, o el que montaban los dictadorzuelos anticomunistas que protegía el Pentágono, por ese escaso mérito de su anticomunismo. A nombre del populismo socializante del Estado-

Fernando Londoño Hoyos ha sido Ministro del Interior y de Justicia de Colombia.

Cuadernos de pensamiento político

Providencia, los uruguayos se sentaron a la mesa y se tragaron el país, y a nombre del populismo democrático se instaló Fidel Castro en el poder, antes de que se descubrieran sus intenciones y se sufrieran sus ejecutorias.

Latinoamérica ha sido tierra fecunda para el populismo. Con lo que queremos decir que poca democracia sería se dio en ella y que no tuvimos una política social y económica consistente. Hemos ido por el mundo empujados por el último viento que sopla en escenarios políticos ajenos, al vaivén de los pequeños intereses que prosperaron amparados por un discurso hábil y perverso. Para los amigos de las simplificaciones, daremos la mala noticia de que no es exacto identificar aquellas aventuras militares con populismos de derecha, como tampoco es cierto que todas las demagogias nacidas de las urnas puedan reputarse de izquierda. El General Velasco Alvarado, en el Perú, era tan militar como francamente comunista; el General Rojas Pinilla, el único dictador militar que Colombia padeció en el siglo XX, era de clara estirpe conservadora y por convicción, o simplemente para no caerse, ensayó en las postrimerías de su corto mandato un populismo «izquierdizante», el que ahora permite a sus herederos coquetear sin pudores con el comunismo criollo; el Presidente Fujimori, también del Perú, montó después de elegido una maquinaria de poder autoritario que envidiaría cualquier golpista uniformado; en México se sucedieron los simulacros electorales con ganador anticipado, y luego, aquella extraña mezcla de ejercicio rudo del poder en el interior y un discurso pro-castrista y antiamericano en sus relaciones internacionales. Si los juicios universales fueron siempre el quebradero de cabeza de los filósofos, tratándose de política en América Latina son una simple tontería. Aquí la praxis le puede a todos los conceptos y no hay teoría que no naufrague en el primer acantilado que pretenda desafiar. Precisamente porque este ha sido el reino de los populismos, y en política el populismo es el caos.

Sin que importe mucho saber la causa, aventurando que hubiera sido una la poca importancia que en los Estados Unidos se le hubiera concedido a las amistades afincadas en el anticomunismo del gobierno, del panorama latinoamericano desaparecieron un buen día las dictaduras militares, de izquierda o de derecha. Apenas ha sobrevivido la de Fidel Castro, el tirano de Cuba que pervive para recordar que esos regímenes fueron posibles, y que si despierta el de Cuba tan

Cuadernos de pensamiento político

vivas simpatías en amplios sectores retardatarios del Continente, es porque pueden regresar. Para que no se quede nada entre el tintero, recordemos que ha sido en Europa donde Castro ha despertado más franca admiración. Después de haber mandado al paredón de fusilamiento más de quince mil infelices acusados por traidores a la patria, como al mejor estilo estaliniano, y de haber sofocado por cuarenta y cinco años cualquiera tentativa de pensamiento libre, la Unión Europea le acaba de renovar sus afectos porque sacó de sus mazmorras a cinco de los últimos sesenta opositores intelectuales que condenó sin fórmula de juicio. Que no siempre censuran las democracias a los tiranos es una vieja lección, sobradamente conocida.

LA DEUDA EXTERNA Y EL POPULISMO

La restauración, cuando fue el caso, o la aparición de la democracia en Latinoamérica coincidió con uno de los episodios más duros de su historia sin fortuna. Cuando el «shock» petrolero paralizó la actividad económica en los países ricos, los banqueros que recibieron a raudales los dólares que se reciclaban desde los productores árabes, salieron a la búsqueda desesperada de alguien que quisiera captarlos. Era algo tan absurdo como los personajes en busca de autor de Pirandello. Y entonces, maldita la hora, surgimos a la escena.

Los teorizantes estudiosos de Latinoamérica, en cuyo número descollaban muchos de la misma tierra, dijeron por décadas que la pobreza del continente era el efecto de la carencia de capital. Que el día que lo tuviéramos, todo vendría por añadidura. Nos sobraban riqueza minera y agrícola, inventiva, capacidad, inteligencia, que era por acá planta silvestre. Sólo el egoísmo yanqui nos tenía sumidos en centenaria postración. ¡Y nos creyeron!

Así fue como llegó una ola de capital como nunca pudimos imaginarla. Los banqueros se paseaban por estas capitales con maletines cargados de *petrodólares* y nunca fueron mejor recibidos en los grandes centros financieros nuestros ministros de hacienda y nuestros gerentes de los bancos centrales. La banca renunció a todos sus principios, empezando por el del rigor de su técnica y terminando por el de la cautela. Para que tal barbaridad fuera posible, apareció un concepto de al-

Cuadernos de pensamiento político

cance milagroso: el *Country Risk*. Aquello de estudiar la destinación de los recursos, de examinar los proyectos productivos a donde el dinero iría, vigilar su aplicación y examinar lo que en la jerga bancaria se llama la capacidad de repago, eran chocheras de otro tiempo. Como el riesgo era el país y como los países no se quiebran, a prestar llamaban.

Del otro lado de la mesa, el panorama no era más halagador. Proponerle a un gobierno debilucho e inepto, presionado por mil reclamos populares y un millón de exigencias de sus clientelas politiqueras, que impunemente recibiera crédito para lo que quisiera, era como amarrar perros con longaniza. Todos los países latinoamericanos tuvieron una disculpa para endeudarse. Las grandes obras de infraestructura que faltaban para su desarrollo, el mejoramiento de los servicios públicos, el salto a la gran tecnología, y por supuesto la educación, y la salud y el transporte, y la seguridad y las comunicaciones y el medio ambiente, eran los pretextos ideales, que produjeron incontenible euforia y lograron a su alrededor lo más extraño que en una democracia pueda concebirse, que es la unanimidad. Desafiaríamos hoy en vano a cualquiera de los partidos políticos que quiebran sus lanzas contra el Fondo Monetario Internacional, que citen una intervención, un discurso, una advertencia oportuna en contra del proceso de endeudamiento que nos sumiría en la tan mal llamada «década perdida» de América Latina.

Pues un buen día, mejor, un mal día, acreedores y deudores llegamos al descubrimiento de que la deuda había llegado a la astronómica cifra de trescientos mil millones de dólares, que eran absolutamente impagables. La plata se había perdido. Los proyectos que se ejecutaron, los menos, no eran rentables en los plazos de la deuda. Los otros eran un desastre, o una ficción o una torpeza. Y en muchos casos, simplemente no había proyecto. Decenas de miles de millones de dólares se fueron por el caño de gastos de funcionamiento, entendiendo la corrupción como una de las más apremiantes necesidades del funcionamiento de una democracia aparente, sembrada por todas partes de minas populistas.

Aquella fue la hora crucial de Latinoamérica, que pondría a prueba su unidad, su fuerza interior, su capacidad de respuesta ante los grandes desafíos. Y nada de eso había entre nosotros. Algunos ilusos propusimos una gran liga continental para discutir con los acreedores un

Cuadernos de pensamiento político

problema que era común y una responsabilidad que era compartida. No se trataba de un cartel de tramposos, sino de la unidad de quienes cometieron un soberbio error, y estaban dispuestos a pagarlo, pero sin el sacrificio de la paz y el porvenir. Los banqueros también eran culpables y el problema también era suyo. Pero pudieron todos los egoísmos propios y las mentiras ajenas, más que la razón, más que el buen juicio, más que la justicia. A cada país le prometieron arreglar su crisis, con la única condición de que no se contaminara con la ajena. México se tragó entero el cuento de que su vecindad con los Estados Unidos le bastaría para recibir tratamiento preferencial y equitativo; Centroamérica tendría consideración por pequeña, salvo que se sumara al conflicto de los grandes; Venezuela sería consentida por su riqueza petrolera; Colombia, porque había sido la casa buena del barrio malo; Brasil, porque Europa y los Estados Unidos la tratarían de potencia a potencia, pero sin la impedimenta de sus vecinos; Argentina estaba tan cerca del corazón de Europa y Chile tenía gobierno tan vulnerable, que todo aconsejaba la desunión, para lograr individualmente el perdón y la generosidad.

Con esa historia se quebró la unidad latinoamericana y en el naufragio cada uno aceptó una tabla para llegar a la orilla, sin hacerse cuestión de lo que esa orilla fuera. Y la orilla no fue una década perdida, como algunos analistas superficiales aseguran, sino que a los 23 años de explotado el conflicto, lo tenemos convertido en el combustible que incendia el continente por sus cuatro costados. Latinoamérica nunca arregló el problema de su deuda externa, y esa carga gravita sobre su presente, porque envenena de resentimiento el pasado y de desconfianza el porvenir. En un país modelo como Colombia, no porque fuera mejor que los demás sino porque con los dólares de la cocaína ha necesitado menos los del petróleo, el fardo del endeudamiento es tan abrumador que no podría resolverlo sino en un esfuerzo ciclópeo de los próximos diez años. Y hay en Latinoamérica algo que falta dramáticamente, que es tiempo. En la crisis populista del continente, la década perdida se volvió eterna. Y casi nadie lo ha notado.

Quedan así servidas las condiciones para el populismo que hoy brota como los lotos sobre los pantanos. Partidos políticos desprestigiados, por ineficientes y corruptos, la gente empobrecida y sin esperanzas, una excusa, o un motivo, como se quiera, para renegar contra

Cuadernos de pensamiento político

los imperialismos, y por último una buena mezcla de ignorancia y mala memoria, se alían impremeditadamente para empujar las masas hacia cualquier aventura. Y es cuando aparecen los aventureros...

EL MAPA POLÍTICO SE COMPLICA

No se negará que México hizo un buen esfuerzo. La derrota del PRI en las últimas elecciones, después de más de 70 años en el poder, no fue pequeña hazaña. Pero el PAN no estaba preparado para asumir una responsabilidad tan grande. O su jefe y ahora Presidente, Vicente Fox, no dio la talla. Pero el hecho es que a pesar de un crecimiento económico sin precedentes, entre otras cosas debido a un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos altamente benéfico, y a pesar de un desempleo moderado, y a pesar de ser hoy país más rico que Brasil, con sesenta millones de habitantes menos, la gente no está conforme. Y quiere más de la izquierda que saboreó por décadas en la retórica oficial, sólo que ahora la quiere de veras. El PRI parece moderado a los mexicanos, que andan en búsqueda del paraíso de la izquierda radical con López Obrador.

Centroamérica se mueve al impulso de sus viejas frustraciones, sus conflictos mal resueltos y sus modelos caducos. El Salvador es una buena excepción, donde el Partido Arena ha frenado a los guerrilleros del Farabundo Martí, y desarrollado una política respetable, juiciosa, y curiosamente triunfadora. La situación de Honduras es dramática, arrinconada por unas pandillas, las famosas «maras», que harían parecer a los hombres de Atila como nuevos caballeros de la Mesa Redonda. El que se gane el favor de esos salvajes, tiene ya su ejército y sólo le faltan los votos. Que a veces vienen en estos casos por añadidura. En más de una ocasión, Latinoamérica ha votado mal, pero con la esperanza de apaciguar a los violentos. Olvidaba que algún día España hizo lo mismo. Guatemala y Nicaragua son de pronóstico reservado. La primera acaba de ratificar en el Parlamento un buen TLC, acaso su última esperanza redentora, en medio de sonoras protestas callejeras. El neopopulismo latinoamericano es así. Odia instintivamente cualquier noticia buena, sólo porque venga de los Estados Unidos. La segunda, Nicaragua, anda refrescando su democracia en las fuentes del sandinismo. Daniel Ortega y sus cuadrillas armadas no

Cuadernos de pensamiento político

dejaron ese pueblo suficientemente hastiado. Al fin y al cabo, las camisetitas impresas con la cara del Che Guevara tienen mercado. Y no sólo por estos contornos. Costa Rica, el país de la gente más adorable de América, se mantiene fiel a su tradición conservadora, con buenos índices de crecimiento, pero con una amenaza atroz. La venalidad de sus presidentes, que es fenómeno nuevo y detestable, es un peligro mucho más serio de lo que cualquiera imagina. La corrupción es fertilizante más eficaz para el populismo que la pobreza misma, y por eso Panamá es país de cuidado. Todavía está por verse lo que haga el hijo de Torrijos, el más simpático y desenfadado populista que por aquí gozamos, una vez tome realmente las riendas del poder.

Pero la gran preocupación es Suramérica. Y con razón. Apenas toma posesión de su cargo en el Uruguay Tabaré Vázquez, confeso simpatizante de los tupamaros, acompañado en el poder de otros todavía más recalcitrantes. Es como si en Italia mañana gobernaran las Brigadas Rojas o la ETA tuviera su oportunidad en España. Al otro lado del Río de La Plata, es un hombre cercano a los montoneros el que manda. Y por ahora marcha con velas desplegadas con el discurso sencillo pero altamente efectivo de que no pagará la deuda y financiará su gobierno con el dinero de los prestamistas. En su patio goza de popularidad inmensa. Y los acreedores esquilados terminaron por recordar que peor es nada y se muestran sumisos ante las propuestas más aberrantes. Con lo que el tema de la deuda se está volviendo inmanejable en Latinoamérica. Si Kirchner tuvo éxito, el que no intente algo parecido es un traidor. Ya por eso se está formando una Liga entre Venezuela, Brasil y Argentina para enfrentar las ambiciones de los acreedores, aun las más razonables.

Paraguay ya está sufriendo los golpes de la mafia armada colombiana, lo que prueba que la capacidad de integración de los bandidos es mayor que la que mostraron por doscientos años los poderes políticos en Latinoamérica. Bolivia es un caso sin remedio a la vista. El dueño del juego es Evo Morales, apenas letrado, capaz de paralizar el país, como lo tiene, con un discurso populista preparado, válganos Dios, por Hugo Chávez, desde Venezuela. Carlos Mesa, el pobre Presidente, un hombre culto, patriota y bienintencionado, es una marioneta en las manos de Morales, quien para empezar exige que las regalías petroleras pasen del 18 al 50%, y que se vaya de Bolivia, sin que

Cuadernos de pensamiento político

medie indemnización, la empresa francesa que está dando de beber a algunos pueblos del altiplano. Queda el recurso del ejército, ya anunciado, para producir otra mortandad como la que tiene al ex Presidente Sánchez de Losada en el exilio. A Carlos Mesa le exigen autoridad, pero él sabe bien en lo que termina esa audacia por las orillas del Titicaca. Así que tal vez prefiera marcharse.

Brasil y Perú son dos casos interesantes. Tanto el Presidente Lula como el Presidente Toledo provienen de la ultraizquierda, que han querido temperar obrando ya como mandatarios. A Lula se lo vienen tolerando, pero no a Toledo. Será difícil entender cómo se pueda gobernar un país con índices de favorabilidad que no llegan al diez por ciento. Por eso el Perú pareciera querer ir más a la izquierda, salvo que se aceptara la candidatura de Fujimori, quien hoy aventajaría a sus rivales potenciales en cualquier encuesta de opinión. El tema de Lula es apasionante. Se le ha enfrentado a quienes lo empujaron al poder, y está cumpliendo un Gobierno de centro razonable. Pero equilibra las cargas, como tantos lo hicieron, descargando su maza populista con los vecinos. Por eso se siente tan cómodo con Hugo Chávez, aunque por nada del mundo usaría su lenguaje antinorteamericano, ni haría con la economía, con la opinión, con la justicia ni con la prensa, nada de lo que hace su folclórico vecino caribeño.

El camarada, coronel, comandante, paracaidista Hugo Chávez es un caso singular. Audaz, ignorantón pero nada tonto, carente de escrúpulos, es un megalómano convencido, que fue siempre el peor de los megalómanos. Sus áulicos le aseguraron que con la Biblia en una mano, los discursos de Bolívar en la otra, y el consejo de Fidel Castro en el corazón, sería el salvador de América. No sabe bien de qué quisiera salvarla. Pero está dispuesto a intentarlo. Y Dios ha permitido que ese fanfarrón marxista-bolivariano-cristiano, esté lleno de dinero. Vendiendo casi dos millones de barriles de petróleo por día, tiene con qué hacer demagogia en Venezuela, y lo que es peor, con qué exportarla.

Chavez está siguiendo meticulosamente los pasos de su modelo y mentor, Fidel Castro. Ya se tomó por asalto la administración de justicia, hizo suyo el Consejo Nacional Electoral, la Fiscalía General de la Nación, la Procuraduría y, por supuesto, el Congreso. No faltándole nada para cerrar el círculo del poder, se lanzó contra la prensa, que tiene arrinconada con especiosos códigos de comportamiento y con

Cuadernos de pensamiento político

muy serias amenazas para el caso de su más leve violación. Ya pudo recuperar los sindicatos, purgó el ejército a su voluntad y medida, y acaba de anunciar que se lanzará por los caminos del socialismo. Nos tendrá en suspenso mientras explica de cuál de todos los socialismos posibles se trata, aclarando hasta ahora, apenas, que será el suyo un socialismo «autóctono». Sin que sepamos qué diablos le agrega al socialismo que sea autóctono, o cuál de las cosas autóctonas puede convertirse en socialismo, mucho es de temer que se parezca al de Cuba el que Chávez instaurará en Venezuela. Al fin y al cabo, con sinceridad digna de aprecio ha dicho mil veces que desea para su patria una vida tan plena como la de Cuba. Y como decía algún político colombiano muy eminente, a la gente hay que creerle.

Y LO QUE PUEDE PASAR CON CHILE Y COLOMBIA

Aun cuando en Chile sigue gobernando el socialismo, es el gobierno bastante menos socialista de lo que pudiera pensarse. Las reformas económicas que se introdujeron en la línea de los «Chicago Boys», y especialmente la sólida estructura que logró montar en las postrimerías del régimen de Pinochet ese grande economista que es Hernán Büchi, han hecho de Chile el único país de Suramérica que ya superó la línea del subdesarrollo y que tiene indicadores económicos y sociales de países en franco proceso de crecimiento sostenido. Y los chilenos pueden ser muy apasionados en política, pero no son insensatos. Con mayor razón cuando los que tienen más de 45 años recuerdan lo que fueron las colas desesperadas que ellos o sus padres hacían para abastecerse de lo indispensable en las horas negras del gobierno de Allende.

Colombia también se lanzó a una aventura política, que por pura casualidad fue de signo inverso al de las demás que se cumplían por el resto de Latinoamérica. Álvaro Uribe Vélez fue elegido Presidente sin apoyo de los partidos tradicionales, sin las simpatías de la gran prensa, sin la venia de los más ricos ni de los sindicatos más poderosos. Y ha seguido una línea de gobierno de centro-derecha, que ha empezado por declararle la guerra a muerte al narcotráfico, la causa primera de todas las desventuras nacionales, y a todos los que viven del narcotráfico, que son los movimientos armados, sin excepción ninguna. Y su política económica y social ha sido francamente agresiva, endere-

Cuadernos de pensamiento político

zada a derrotar el desempleo por el camino de la producción, y más que a generar puestos de trabajo, a desarrollar pequeños empresarios. Hacer de cada colombiano un propietario es para Uribe Vélez algo muy parecido a una obsesión.

La gran pregunta es qué pasará en el inmediato futuro con los experimentos liberales de Chile y de Colombia, en un ambiente tan hostil y anarquizado como el que queda descrito. Sobre todo en Colombia, cuando en las próximas elecciones del año 2006, que se cumplirán exactamente en el mes de marzo, la izquierda no sólo llegará envalentonada por los éxitos electorales que acaba de obtener en las elecciones de varias de las principales ciudades del país, sino que contará con la financiación indeficiente que provendrá del petróleo venezolano, que en exceso se vende a Cuba precisamente con el propósito de invertir el excedente en apoyo político a esos partidos de todos estos países.

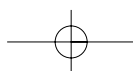
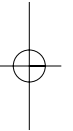
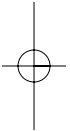
Por supuesto que si superando escollos jurídicos que no viene ahora al caso describir, el Presidente Uribe pudiera presentarse como candidato a las próximas elecciones, las ganaría sobradamente. De lo contrario, el horizonte es ceniciento y no se advierte cómo ni de dónde pueda surgir una figura que reúna las dispersas voluntades que han acompañado a Uribe en la Presidencia y que garantice la continuidad de las líneas maestras de su mandato. Serán esas divisiones y los desaliños que traerán consigo los que aprovechen los neopopulistas colombianos para dar el zarpazo que tienen preparado. Si ello ocurriera, como no tendría nada de improbable, Suramérica habría caído entera en las manos de un populismo promarxista, retardatario y francamente agresivo. La pregunta que queda por plantear es por cuánto tiempo tolerarán los pueblos del continente el desorden y la pobreza que vendrán como consecuencia de estos ensayos político-administrativos. Los más optimistas deberían recordar el caso de Cuba, y los que lo consideren muy viejo y favorecido por su característica insular, podrían echar un vistazo hacia Venezuela, donde aparece Chavez, el prototipo de todas las demagogias izquierdistas y que ya se perfila ganador de las próximas elecciones, que le darán otros seis años de vigencia. También está por verse lo que ocurra en un mundo tan vasto de homogeneidad procomunista, pues que se trata de experiencia totalmente nueva. Si la Europa Oriental llegare a parecersele, habrá que



Cuadernos de pensamiento político

recordar que fue posible con Stalin, con su fabuloso aparato bélico, con su falta absoluta de reatos morales y con la total indiferencia del mundo occidental frente a los pueblos que lo sufrieron. No es imposible que algunas de esas condiciones vuelvan a repetirse, pero sí será altamente probable que la caída de Colombia en el torbellino populista y la consiguiente incapacidad de Chile para resistir el asedio, supongan para este Continente una experiencia más dramática de lo que pudiera imaginarse, y para el sueño mundial del fin de la Historia centrado en la democracia capitalista, un violento y aparatoso retroceso. Sería entonces evidente que a Fukuyama le faltaba razón.

Bien se ve que no somos optimistas sobre el presente y el futuro de Latinoamérica. Pero antes de que se nos tache como profetas de desastres, quisiéramos recordar que lo que ya ha pasado es mucho peor que lo que hace algunos años alguien hubiera imaginado.



LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Abril de 2005

NÚMERO

23

La infamia dura ya un año

(POR FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS)



ALBERTO RECARTE: *La economía española. Perspectivas*

JOSÉ MARÍA MARCO: *IIM. Cómo se destruye una nación*

RAFAEL J. BARDAJÍ: *La 'Alianza de Civilizaciones'. Elementos para una crítica*

CARLOS ALBERTO MONTANER: *Cómo y por qué fracasó el comunismo*

JOSÉ GARCÍA DOMÍNGUEZ: *El lado oscuro de Lluís Companys*

RETRATO: *Ayn Rand*

IDEAS EN LIBERTAD DIGITAL · RESEÑAS

EL LIBRO PÉSIMO · EL RINCÓN DE LOS SERVILLESS

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com